

En casa del archivero...

FÁTIMA RODRÍGUEZ COYA



Cuántas veces habremos oído el refrán “en casa del herrero, cuchillo de palo”, en alusión a carencias de diversa índole precisamente en el lugar donde más fácil sería evitarlas.

Y este dicho fue el que pasó por mi cabeza al leer la sección

“Pregunta a un experto”, que The New York Times dedicó recientemente a la atención de cuestiones relativas al archivo de documentos familiares y que fue secundada por un amplio número de lectores, interesados fundamentalmente en la

gestión de fotografías, audiovisuales y documentos antiguos.

Me ha parecido una iniciativa estupenda para mostrar nuestra profesión de un modo menos institucional y más amigable, aun a riesgo de exponernos al yugo que a menudo



sufren los informáticos: ¿y para eso hay que estudiar? Pero, retomando el dicho, también ha hecho preguntarme: ¿y en casa del archivero?

Entre los lectores de esta revista nos encontramos muchas personas cuya profesión gira en torno a la organización y preservación de documentos de instituciones, familias y personas. Sin embargo, ¿cuál es el estado de nuestro fondo de documentos y el de nuestra familia? Si mañana desapareciésemos y alguien decidiese consultar nuestros documentos,

¿su organización estaría a la altura de nuestra dedicación profesional?, ¿la diferencia la marcaría nuestra profesionalidad o nuestra personalidad?

Vaya por delante que carezco de datos objetivos, pero algo me dice que salvo honrosas excepciones, que sin lugar a dudas las habrá, nuestra realidad no distaría demasiado de la del herrero... Y de ahí, el uso tan frecuente del refrán.

Y es que sea cual sea la profesión, cuando alguien termina su jornada laboral lo que busca es descansar, y no dedi-

car su tiempo libre a seguir haciendo lo mismo que aquello con lo que se gana el sueldo pero, para colmo, gratis.

Así que hasta aquí, podríamos aceptar la premisa; sin embargo, del mismo modo que un cocinero no se librará de cocinar si quiere alimentarse (y ya me adelanto a que no todos podrán hacer todas sus comidas en el trabajo, comer todo crudo o tirar siempre de tarjeta), el gestionar "nuestros papeles" no cae muy lejos de lo de alimentarse. Por mucho que nos queramos "esconder", la realidad de la que tantas veces hacemos gala es que los documentos son una muestra de nuestra actividad, y creo que librarnos de ello se nos plantea, si cabe, más complicado que la alimentación en el caso del cocinero.

Por eso, podríamos establecer grados: sería comprensible que el cocinero no preparase para todas sus comidas las exquisiteces que exige su trabajo, pero sí algo decente, beneficiándose de sus conocimientos profesionales.

Volviendo a nuestro caso, sería comprensible que no tengamos el fondo familiar a la altura de los fondos que tratamos en nuestra vida profesional, pero nuestra producción documental cotidiana debería estar, cuando menos, saneada.

Es cierto que carecemos de parte de la infraestructura que utilizamos en nuestro trabajo pero, al igual que el cocinero, tenemos unos conocimientos que nos deberían permitir hacerlo de una forma aceptable sin que nos robe mucho tiempo.

Por eso, en próximas entregas, os propondremos una serie de artículos en los que, sin entrar a dar lecciones de Archivística, hablaremos de técnicas y herramientas al alcance de cualquiera y que nos permitirán optimizar el tiempo en la gestión cotidiana de nuestros documentos.

¿Qué os parece? ¡Rompeamos con el mito! ■

